

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

Núm. 264.

Alicante 18 de Diciembre de 1875.

Año VI.

IMPORTANCIA DEL CONOCIMIENTO

DE LA VERDAD.

IV Y ÚLTIMO.

¿El raciocinio, los sentidos y los testimonios pueden servirnos en circunstancias determinadas de guías seguros y fieles que nos conduzcan á la verdad? No ignoramos que se abusa del raciocinio aun contra la misma razon, y que hay raciocinios falsos como pesos y medidas falsas; que el entendimiento humano se extravía y se precipita mas de una vez, y está expuesto á tomar por verdadera luz ciertos vanos resplandores; pero asi como la moneda falsa no destruye la verdadera, ni impide que esté marcada con sellos por los que al fin se la reconoce y se la distingue de lo que no es ella, asi la razon procura penetrar una multitud de cosas, y puede en muchas circunstancias remontarse á ciertos principios fijos é incontestables con que todo lo demás está ligado, y llegar á aquellas nociones primitivas y luminosas por sí mismas, de que ya hemos hablado; de modo que una misma luz nos subyuga y domina nuestra alma, ya contemple estos principios luminosos por sí mismos, ó ya

medite las consecuencias que la reciben de ellos como por reflejo, y que no son más que el mismo principio desenvuelto.

Vemos, por ejemplo, que la esencia del círculo es ser redonda, que el diámetro le divide en dos partes iguales, que el radio es la mitad de este, y que todos los puntos de la circunferencia están á igual distancia del centro: pues si de estas nociones evidentes por sí mismas deducen los geómetras consecuencias que sean de resultados infalibles, tendremos las unas por tan ciertas como las otras, y por más que se multipliquen los sofismas y se intente hacer vacilar nuestra certeza, jamás dudaremos que el círculo es redondo; sentiremos cierta impresion de verdad irresistible, y sin poderlo evitar nos hallaremos penetrados del convencimiento mas íntimo y mas profundo, no solo de las cualidades esenciales del círculo que vemos sin necesidad de meditación, sino aun de las que se nos haya manifestado estar contenidas en aquellas. De modo que si la serie de nuestros raciocinios empieza por uno de estos primeros é inmutables principios, y aquellos están tan unidos entre sí como los eslabones de una cadena, de los cuales el último lo está al que le precede, y asi sucesivamente hasta llegar al punto que los sostiene á todos,

entonces la última consecuencia estará inseparablemente unida á su principio.

Hay sin duda gran distancia desde las primeras nociones del álgebra hasta los mas altos problemas del análisis, así como desde estas proposiciones *yo existo, yo siento, yo pienso*, hasta la especulativa mas sublime; hay entre unas y otras una multitud de raiocinios intermedios; pero así como si en un camino desconocido que hay que andar durante la noche, encontramos de trecho en trecho antorchas encendidas, la primera nos conduce á la segunda, esta hasta la tercera, y así progresivamente llegamos á la última que nos manifiesta el término de nuestro viaje; así tambien en los raiocinios bien deducidos, cada proposicion deja en el entendimiento cierto rastro de luz, y haciéndonos pasar por una cadena no interrumpida de impresiones interiores de verdad, nos conduce á la que es el objeto de nuestras investigaciones.

Pasemos á hablar de la relacion de los sentidos. Confesamos que estos, por ejemplo, la vista, el oido, pueden ocasionar preocupaciones en un entendimiento ligero é inconsiderado. ¡Cuántas veces nuevos descubrimientos han dado á las cosas diferente punto de vista, y se han hallado defectuosas algunas experiencias que habian inspirado demasiada confianza! Pero ¿qué debemos inferir de esto? Que es preciso precaverse contra esos juicios precipitados, y no decidirse sino despues de un exámen muy escrupuloso; pero cuando la relacion de los sentidos es constante y uniforme; cuando

las experiencias repetidas ofrecen los mismos resultados; cuando, considerado bajo todas las formas, se reproduce siempre el mismo fenómeno, y cuando los objetos son tan perceptibles, que basta para verlos tener ojos, y oidos para oírlos, ¿podremos negarnos á dar asenso al testimonio de los sentidos?

¿Cómo será posible dejar de creer por la experiencia misma que el agua es mas pesada que el aire, que éste es mas elástico que aquella, que los fluidos buscan el nivel, que el astrónomo conoce el secreto de calcular con precision la repetition de los eclipses, y que las artes tienen operaciones perfectamente adaptadas al fin á que se destinan? ¿Cómo es posible no creer que el día no es la noche, y que hay movimiento en la naturaleza? En esto no cabe duda; y si notásemos en nosotros la menor perplegidad, nos avergonzaríamos de nosotros mismos, pues aunque vengan todos los Zenones antiguos y modernos á ofuscarnos con sutilezas contra el movimiento, y aunque no pudiésemos responder á ellas, nos tendríamos por los hombres mas insensatos en negarlo; echaríamos á andar y diríamos, hé aquí que el movimiento es posible.

Tratemos ahora de los testimonios. Es cierto que mas de una vez testimonios sospechosos han pasado por irrecusables, y que en materia de hechos históricos, la impostura, por una parte, y la credulidad, por otra, han acreditado las relaciones mas falsas; pero tambien es cosa sabida, que la sana crítica tiene reglas para el exámen de los testimonios;

y que son frecuentemente de tal autoridad, que es imposible recusarlos.

Sin analizar aquí detenidamente esta materia, lo cual exigiria un artículo á parte, recarramos solo por ahora á nuestra conciencia, ¿Si se le antoja á un sofista divulgar que Alejandro el Grande es un héroe fabuloso, que Carlo-Magno solo ha existido en la imaginacion de nuestros novelistas, y que la ciudad de Roma solo está en el mapa, ¿hallaria en toda Europa un partidario, ni podria hacer dudar á nadie de estos hechos? ¿no seria tenido por un loco? Sin embargo, solo les conocemos por el testimonio de los hombres, y por ellos creemos tan firmemente en la existencia de Roma sin haberla visto, como creemos la igualdad de los cuatro lados que componen un cuadrado. Y sino, que se nos digan estas dos proposiciones: *En Italia hay una ciudad que se llama Roma: los cuatro lados de un cuadrado son iguales:* ¿no nos causan ambas la misma impresion de verdad sin que nuestro entendimiento conciba la menor duda sobre ellas? ¿La menor perplejidad no seria resistir á la evidencia y al grito imperioso de nuestra conciencia, aun sin haber estado jamás en Roma? Con todo eso, vemos que esto es cosa de hecho, que no está sujeto á cálculos ni operaciones geométricas. Lo mismo que de Roma diremos de Constantinopla, de Filadelfia y de Pequín: lo diremos de la existencia de Francisco I, de Clodoveo, de Teodosio, de Marco Aurelio, de César, y de hechos aun mas particulares, como las batallas de Pavia, de Farsalia y de Actium, y seria renunciar al sentido comun negarse á prestar asenso á estos hechos.

Oigamos lo que dice sobre el particular uno de los mas brillantes ingenios que han dado honor á la magistratura de Francia: «Yo conozco, ha dicho D^e Aguesseau en sus meditaciones metafísicas, que hay hechos que, aunque solo me son conocidos por el testimonio de los hombres, me son tan evidentes como las verdades de la geometría. ¿Podré yo dudar, por ejemplo, de la situacion de Roma, aunque no haya estado en ella? ¿Me será posible ni aun sospechar que me engañé ó se engaña el historiador que me anunció que Augusto fue el primer Emperador romano, y que Cristóbal Colon descubrió lo que llamamos Nuevo-Mundo? Si las verdades geométricas son mas claras para mí, porque yo descubro su principio, aquellas tienen la ventaja de estar al alcance hasta de los hombres mas comunes, y de causar en su alma una impresion mas profunda y mas durable. Continuamente se ven disputas sobre los métodos geométricos y sobre la misma evidencia, pero nunca se ha puesto en duda la existencia de Roma; y si algun hombre ha querido dudar de hechos de esta naturaleza, ha sido tenido por un loco, ó á lo menos por un sofista despreciable que abusa de la sutileza de su ingenio.»

Véase cómo el racionio, los sentidos y los testimonios, ya estén reunidos ya separados, pueden servirnos de fundamento en diversos géneros de conocimientos. Esto no es decir que el hombre sea infalible, así como tampoco es impecable, pues ni le es dado en este mundo poseer toda la ciencia, ni llegar á una virtud perfecta como la de los bienaventurados. Si el hombre está dotado

de entendimiento, tambien es libre; y tanto en la investigacion de la verdad como en su conducta, puede hacer uso bueno ó malo de su libre albedrío, é inútil es poner en sus manos los medios seguros para encontrar la verdad, si no quiere servirse de ellos, ó deja su direccion á las pasiones ó al orgullo.

Seria tambien grande y funesta ilusion creer que todo contribuye al triunfo de la verdad, porque se haya ilustrado nuestro entendimiento: es necesario advertir que las pasiones son sus mayores enemigos, y que, por consiguiente, mientras haya hombres habrá errores y vicios. Pero ¿podremos decir por esto que el hombre nada sabe porque no lo sabe todo, y que no hay verdad alguna porque hay muchos errores? Esto seria lo mismo que decir que no hay virtud porque la tierra está manchada con muchos vicios, ó que la luz no existe porque nos hallamos frecuentemente entre tinieblas.

Si queremos conseguir el justo medio en que está la sabiduria, digamos con uno de nuestros antiguos apologistas y de los mas grandes ingenios de su siglo, con Lactancio: «Entre los filósofos, unos han sostenido que todo se podia saber, y estos han sido unos insensatos: otros que nada se podia saber, y estos no eran más sabios que aquellos; pues si los primeros han concedido mucho al hombre, los segundos le han dado demasiado poco, y unos y otros han caido en el estremo. ¿En dónde, pues, está la sabiduria? En no creer que lo sabemos todo, porque es un atributo exclusivo de Dios, y en no sostener que nada sabemos, lo que es propio de los brutos. Entre estos dos extremos hay un medio que conviene al hombre,

á saber: una ciencia mezclada de tinieblas y como templada por la ignorancia.»

CRÓNICA RELIGIOSA.

UNA CONVERSION NOTABLE.

Sucedió no ha mucho en la ciudad de Lyon un hecho, de que hablan estos días los periódicos extranjeros, digno de consideracion especial.

Llevaban por las calles de esta católica ciudad el Santísimo Viático á un enfermo. Un obrero, jóven y de siniestra catadura, comenzó á proferir horribles blasfemias. El buen Sacerdote calló, y rogó á Dios por aquel malvado.

Parecia que este iba alejándose del religioso cortejo, y ya le perdia de vista; pero al doblar una vuelta que daba la calle, el Sacerdote y los acompañantes otra vez tropezaron con el impío, el cual, dando un bufido de ira, volvió brusca-mente la espalda y se metió á paso largo por el primer callejon que encontró á mano.

Peró, torciendo á poco por la calle, vuelve á oir la campanilla que anuncia á los cristianos el paso del Santísimo Sacramento; y en menos tiempo que se dice, encuéntrase de frente con el Sacerdote que llegaba por otra boca-calle.

Vuélvese atrás precipitadamente, ve una puerta abierta y entra; atraviesa el zaguan y sube por devencijadas escaleras hasta el último piso. Mas oye ruido de pasos que le siguen de cerca, y poco después ve al mismo Sacerdote que se dirige hácia él.

Entran en una miserable guardilla, donde en pobrísimo lecho yacia un pobre viejo que, con las manos cruzadas, esperaba á su Dios.

Como arrastrado por fuerza irresistible, el impio cae de rodillas; y cuando el Sacerdote, alzando la Santa Forma, hubo dicho aquellas solemnes palabras:

—Vé aquí el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo;—el blasfemó se cubrió el rostro con ambas manos, y rompió en desconsolado llanto.

El buen Sacerdote aprovechó este momento de feliz conmocion, y con voz plácida, pero severa, exclamó:

—Hé aquí el Dios cuya infinita misericordia no se cansa jamás de seguir á los pecadores para perdonarles sus culpas y colmarles de bendiciones. Tres veces habeis huido de Él, y otras tantas ha vuelto Él á buscaros. ¿Sereis sordo á su voz? ¿Querreis todavía rechazarle?

Oyendo esto el jóven, se descubrió el rostro bañado en lágrimas, y con afanosa voz, ahogada por el arrepentimiento y los sollozos, dijo:

—¡No, Padre; no puedo ni quiero huir ya de mi Dios!

Y comenzó á hacer como una pública confesion de sus crímenes, que pusieron espanto en todos los asistentes.

Solamente el Sacerdote, cuando el jóven acabó, le atrajo á sí con amor, y le abrazó con todo su corazon, diciéndole:

—¡Oh cómo se alegrarán los ángeles y los Santos en el cielo viendo que vuelve á la vida este arrepentido pecador!

Llevóle luego á la iglesia. Y desde aquel dia venturoso, el criminal impio y blasfemo, plenamente convertido, es un

hombre de bien, un fervoroso cristiano que vive vida ejemplar.

Roma.—El gobierno acaba de poner en práctica, en la provincia de Friuli, la doctrina enunciada por Marco Minghetti en su discurso de Cologna, á saber: que las funciones eclesiásticas deben ser conferidas por la eleccion popular.

Estando vacante el curato de Pignano, diócesis de Udina, una quincena de sectarios procedieron á la eleccion del nuevo Pastor.

La gente del pueblo lo tomó á risa, tanto más, cuanto que el elegido estaba desacreditado en todo el pais. Pero cuando llegó el dia de la instalacion, los feligreses de Pignano comprendieron que la cosa iba de veras. En efecto; el elegido de los sectarios, llamado Vogrig, iba escoltado por el subprefecto y un piquete de gendarmes. En vano protestó el pueblo: la iglesia fué abierta por fuerza y el cura cismático la profanó.

Los habitantes de Pignano redactaron inmediatamente una peticion firmada por 71 jefes de familia, de 97 electores que cuenta este distrito, y comisionaron á uno de los suyos, para que se la presentase ayer al ministro Vigliani. El ministro ha fingido ignorar el suceso, y no sabiendo cómo desembarazarse del enérgico enviado de Friuli, le ha prometido que tomará informes.

Conmovido por estos principios de cisma, el clero de la diócesis de Ceneda vecina de la de Udina, ha enviado á Su Santidad una exposicion enérgica, en la que afirma sus sentimientos de devocion á la Santa Sede Apostólica, y *rechaza con indignacion* las proposiciones cismáticas

contenidas en el discurso de Minghetti, sobre todo las que conciernen á los supuestos privilegios concedidos al bajo Clero.

Los peregrinos de Marsella, presididos por el gran Vicario de la diócesis, Mr. Pabbe Blancard, han llegado á Roma y comenzado ya sus visitas á las basílicas patriarcales, á fin de ganar las indulgencias del Jubileo. Serán recibidos en solemne audiencia por el Padre Santo.

Por especial bondad, el Soberano Pontífice ha concedido á los peregrinos de Aix y de Lusón, que ya hubiesen cumplido los ejercicios del Jubileo en su país, la facultad de ganar de nuevo las indulgencias del año Santo, con la sola condición de cumplir las obligaciones impuestas á los peregrinos en general. Se cree que este mismo favor será concedido á los de Marsella.

Las audiencias á los colegios, escuelas y seminarios continúan á causa de la reapertura de clases. En la sala de los Tapices fueron recibidos los alumnos del Colegio irlandés, muchos de los cuales acaban de llegar á Roma para emprender los estudios de filosofía ó teología. Los alumnos del Colegio irlandés siguen los cursos del Colegio de la Propaganda. Fueron presididos por su rector, monseñor Kerby, que, en nombre de los asistentes, leyó una oración latina. Al medio día, al salir de sus habitaciones para dar su paseo, el Padre Santo se dignó conceder audiencia á las jóvenes educandas del convento-colegio de la Trinidad de los montes, que dirigen las señoras del Sagrado Corazón. La reveren-

da Madre de Bonchard, superiora del establecimiento, y las otras religiosas directoras, presidian la numerosa concurrencia.

No se advierten síntomas verdaderos de que el Episcopado alemán se muestre dispuesto á cambiar de actitud respecto del Gobierno de Berlín. No cabe duda ninguna de que los periódicos oficiosos se dieron prisa en anunciar lo que deseaban y no sucedía, pues ahora resulta que la sumisión del príncipe Obispo de Breslau no es cierta, y que el Obispo de Paderborn, que se hallaba desterrado en Wesel, se ha marchado de allí, sin la autorización del Gobierno por supuesto, contentándose con enviar una carta al presidente ó gobernador de la provincia, comunicándole su resolución. Las razones que invoca para justificarla, son el estado de su salud y los deberes que como Pastor de su querido rebaño tiene que cumplir.

Por otra parte, los discursos pronunciados en Maguncia por monseñor Metteler, quien no siendo prusiano ha sido aplaudido por los católicos más notables de Prusia, indican claramente que el ardor militante del Clero de Alemania no se extingue, ni ha llegado ni llegará la época de las concesiones que se anunciaron como hecho consumado y nosotros no creímos. Estábamos en lo cierto.

El Gobierno de Berlín persiste también en su sistema de persecución. Estos días ha dado orden á los gobernadores de provincia para que no permitan hacer colectas en favor del Clero, y, sobre todo, que prohiban la del Dinero de San Pedro.

La solemne inauguracion de la Universidad católica de Lille se verificó el dia 18. Hoy podemos dar algunos detalles de la apertura de la Universidad católica de Angers.

Antes de la hora fijada estaba la catedral de San Mauricio completamente llena de fieles no solo de la ciudad, sino de toda la diócesis, que esperaba su regeneracion de aquel centro de verdadera enseñanza.

En esta multitud estaban representados la magistratura y el ejército por sus más altos dignatarios: el presidente y el procurador general, los abogados generales, el general Charreyron, los coroneles de infantería y caballería. La magistratura y el ejército tienen motivos para saber por experiencia qué hombres forma la enseñanza católica, y qué especie de monstruos forma la enseñanza revolucionaria. Asistian tambien el alcalde de Angers y muchas notabilidades que seria largo enumerar.

Antes de las diez llegaron y se colocaron en el coro el rector, decano y profesores de la Universidad. Entraron despues Su Eminencia el Cardenal Arzobispo de Reunes, los Obispos de Laval, Angers y Mans, y el reverendo Padre Abad de Bellefontaine.

El coro y todos los asistentes cantaron el *Veni Creator*. En seguida el Obispo de Mans comenzó á celebrar la Misa del Espiritu Santo. Despues del Evangelio, el Obispo de Angers subió al púlpito y pronunció un elocuente y tiernísimo sermón.

Terminada la Misa, se dió lectura de un telégrama de Roma, en que el Padre

Santo enviaba su bendicion á la Universidad de Angers.

En Paris comenzó sus tareas la Universidad católica el dia 17.

A las siete y media dijo Misa del Espiritu Santo M. Conil, vice-rector de la Universidad. Muchos estudiantes inscritos asistieron para pedir á Dios luz y perseverancia.

La sesion solemne de apertura habia de celebrarse pocos dias despues.

Es notabilísimo el discurso pronunciado por M. Terrat al abrir su cátedra, rechazando todo espíritu mezquino de rivalidad, saludando modestamente como á antiguos maestros á los profesores de las universidades no libres, y contestando noblemente con su actitud digna y humilde á los ataques celosos que desde otras cátedras se han dirigido á las universidades católicas, porque se teme, y con sobrada razon, su competencia.

La Universidad católica de Lyon se abrirá muy en breve. Reunidos con monseñor Thibaudier, auxiliar del Obispo de Lyon, los Arzobispos de Chambery y Sozopolis, y los Obispos de Dijon, Marsella, Montpellier, Valence, Belley, San Jean-de-Maurienne, Tarentaise, y los representantes de los Obispos de Grenoble, Moulins y Saint-Claude, aprobaron todo lo que hasta aquí se ha hecho para la fundacion de la nueva universidad. M. Brac de la Perrière, consagrado siempre á las obras buenas, fué nombrado decano de la facultad de derecho de Lyon.

La muerte del sábio y virtuoso obispo de Lyon no será parte á dilatar la aper-

tura de la Universidad, gracias á los esfuerzos de los otros Prelados y del auxiliar del Obispo difunto, monseñor Thibaudier.

—
Inglaterra. — El ex-ministro Gladstone con sus numerosos discursos sobre la Santa Sede, ha favorecido de notable manera el desarrollo del Catolicismo en Inglaterra. Este aserto, que á primera vista tiene visos de paradoja, aparece confirmado por un testimonio digno de entera fé en la materia, puesto que es el del presidente de una reunion de protestantes acérrimos, tenida en la casa ayuntamiento de Glasgow. Este presidente ha declarado que «el Sr. Gladstone es el hombre que *mayores progresos* ha hecho hacer al papismo.» Es notable, en efecto, la intemperancia del lenguaje y la pobreza de argumentos de este polemista, que ha querido hacerse pasar por el campeón del protestantismo contra la Iglesia católica.

—
La organizacion del Catolicismo en Inglaterra principia á tomar un gran desarrollo sobre muy sólidas bases, y uno de sus sintomas mas característicos es la organizacion de un centro católico. Ya de muy antiguo existía uno, pero se disolvió, y bajo la iniciativa del duque de Norfolk y del marqués de Ripon ha sido reorganizado bajo bases mas amplias que le darán el carácter de un verdadero centro de accion católico. Se llamará de *San Jorge* y se compondrá de 350 miembros elegidos por el comité de fundadores, que consta de cuarenta de los mas decididos campeones de la causa católica.

El carácter casi exclusivamente aristocrático de este Circulo ha sugerido á varios católicos la idea de constituir otro mas popular. Esta idea, que ha sido sometida al cardenal Manning mereciendo su mas completa aprobacion, es de esperar recibirá una pronta ejecucion.

Todos estos esfuerzos en favor del Catolicismo atraen al seno de la Iglesia católica un número cada vez creciente de ovejas descarriadas.

—
Escriben de Marilandia que es extraordinario el fruto que se obtiene por el Clero regular en las Misiones. Durante el mes de Octubre próximo pasado los Padres de la Compañia de Jesús dirigieron una en la catedral de Filadelfia. La concurrencia era tan grande que, á pesar de ser tan espacioso el templo, todo él se llenaba, viéndose obligado un gran gentío á volver á sus casas por no poder penetrar en él. Comulgaron 14.300 personas, de las cuales 130 adultos lo hicieron por la primera vez; 30 convertidos de varias sectas protestantes abjuraron el error é ingresaron en el seno de la Iglesia católica. Sobre 400 adultos recibieron el Sacramento de la Confirmacion.

—
El dia 10 recibió el Soberano Pontífice á los peregrinos de Marsella y de Bayona.

Se leyeron muchos discursos. El Papa en su respuesta, aplicó á los cristianos tibios aquellas palabras de Nuestro Señor Jesucristo en la muerte de Lázaro:— Duerme; yo iré y le despertaré.

Hoy Dios despierta á los tibios con los castigos que les envia.

El *Reichszeitung* de Bonna, órgano de la Asociación católica central alemana, para desmentir la noticia relativa á inteligencias y compromisos entre los católicos y el Gobierno, publica la siguiente declaración, cuya importancia puede comprenderse, sabiendo que la Asociación contará mas de 500,000 individuos; «Los católicos, dice, no harán una revolución, pero jamás transigirán con las ideas modernas, de quien rechazan la soberanía.»

VARIETADES.

CONSUELO DE LOS AFLIGIDOS.

¡Oh fe celestial ¡Fe consoladora! ¡Aun haces más que trasportar los montes, pues levantas las pesadas cargas que oprimen al corazón del hombre!

CHATEAUBRIAND, *Genio del Cristianismo.*

I.

Luis había ocupado una gran posición social. Reveses de fortuna le arrebataron todo cuanto tenía, dejándole reducido á la más espantosa miseria. El infortunio abrumó con su tremenda pesadumbre su corazón noble y honrado.

Fué un momento de mortal angustia, cuando á solas con su esposa tuvo que descubrirla el horrible secreto de su situación. Pocas pero elocuentes palabras salieron de sus labios en aquel tristísimo instante de su vida.

— ¡Estamos arruinados, Valentina mia!

Abrió la esposa los ojos arrasados de lágrimas para fijarlos en el abatido semblante de Luis, que fatigado por el inmenso esfuerzo de aquellas pocas palabras había dejado caer la cabeza sobre el pecho, no pudiendo contener dos lágrimas que rodaban silenciosamente por sus mejillas.

Valentina comprendió la mortal angustia que oprimía el corazón del tierno compañero de su vida. Leyendo en el fondo de aquel gran dolor, vió que Luis sufría por ella; y con aquel heroísmo sólo propio de la mujer, estampó un casto beso, en la pálida frente de su esposo, y le dijo con inmensa ternura:

— Luis de mi vida, tranquilízate. Dios nos había dado esa fortuna. Hoy permite que la perdamos. Acatemos resignados sus altos decretos. Vive y trabaja, porque sin tí, ¿qué será de mí y de nuestro hijo?

— ¡Ay, Valentina mia! Tienes razón. ¡Pero pensar que todo esto es resultado de la perversidad de un hombre: pensar que mi honrada confianza es la causa de nuestra ruina: que he comprometido tu porvenir y el porvenir de nuestro hijo!

— Perdónalo todo. Deja que Dios juzgue y castigue. Piensa en que tal vez por este medio la Providencia prueba tu constancia y tu fe; y espera, que Dios al fin premiará nuestra resignación y nuestra confianza. No olvides aquellas dulcísimas palabras con que todos los días invocamos la protección de la Madre del género humano, «consuelo de los afligidos.»

Un niño, que apenas articulaba alguna

palabra, era el solo testigo de aquella escena. Fruto del feliz matrimonio de Luis y Valentina, arrodillado al pié del regazo de su madre alzaba sus tiernos brazos hácia Luis, repitiendo con voz angelical las últimas palabras de Valentina.

Luis estrechó sobre su corazón á aquellos dos seres que la Providencia le habia enviado para consuelo de su vida. Lloró con ellos, y sintió inmenso alivio en su amargura.

II.

Tres años despues, al comenzar una de esas noches tristes y largas de invierno, á la vacilante luz del mal encendido fuego en la ruinoso casa de una aldea, se percibia una mujer jóven y hermosa, aún, á pesar de las dolorosas huellas que surcaban su rostro.

Era Valentina. Con el rosario en la mano oraba con santa resignacion. La campana de la parroquia dió el toque á la oracion. Alzóse Valentina impaciente, diciendo:

—¡Dios mio, cuánto tardan! ¿Qué les habrá ocurrido? ¡Pobre Luis de mi alma, cuán triste es nuestra vida!

Tendió la vista por el campo, pero las sombras de la noche nada la dejaron percibir. Escuchó atenta, y ningun ruido vino á darla el menor indicio de la vuelta de su esposo y de su hijo. Inmóvil en la puerta de su casa, esperó y volvió á orar, llena de mortal angustia.

El ruido de una respiracion anhelosa y el de unos pasos vacilantes llamaron su atencion.

—¿Serán ellos? pensó. No, Luis viene

ligero y firme. Pero esa voz es la de mi hijo: ¡Dios mio, qué será! Y salió presurosa al encuentro de los que se acercaban.

—Luis, ¿qué tienes? ¿qué te sucede?

—Nada, nada, contestó con voz fatigada y difícil: corre á casa, enciende luz, y prepara nuestra cama. Este hombre herido, tal vez próximo á morir, reclama los auxilios de nuestra ardiente caridad.

Cortos momentos despues, el herido descansaba en el lecho que Valentina habia preparado.

Dió sobre el rostro del herido la luz de una pequeña lámpara, y Valentina cayó de rodillas con las manos y los ojos levantados al cielo, exclamando:

—¡Gracias, gracias, Dios de bondad infinita! ¡Benditos sean vuestros inescrutables decretos!

El herido era precisamente el hombre que habia causado la ruina de aquella familia.

Luis, siempre dócil á los ruegos de su excelente y resignada esposa, habia resistido sin embargo á todas sus cristianas exhortaciones para que perdonase á aquel hombre. Cuando abrumado por las inmensas privaciones, á que la miseria lo sujetó, juraba no perdonar. Valentina lo veia alejarse desesperado y temblando de ira.

El espectáculo que acababa de presentarle, el cuidadoso trabajo con que Luis depositó al herido en la cama, hasta la mortal angustia que se reflejaba en su semblante, todo reveló á Valentina que el más sincero perdon habia extinguido el rencor en el corazón de su esposo. Y ante aquella idea que habia llenado tres

años su pensamiento, siendo su constante deseo, cayó de rodillas dando gracias á Dios.

Ni por un momento se detuvo á pensar en la posibilidad de que Luis fuera la causa del lamentable estado del herido. Bastábale saber que Luis era bueno.

Los cuidados del herido ocuparon la atención de ambos esposos.

Cuando recobró el conocimiento preguntando: ¿dónde estoy?; cuando á la débil luz de la lámpara reconoció á Luis y Valentina, que con ardiente caridad le asistian, una nube de acusadores recuerdos se agolpó á su memoria, una lágrima asomó á sus ojos, y sollozando quiso dar gracias.

Valentina, con inefable dulzura, le excitó á guardar silencio, y el herido murmuró la palabra perdon, besando la mano de Luis que le curaba.

III.

En un rincon de la estancia, velando al herido, cuya anhelosa respiracion anunciaba el crecimiento de la calentura, el anciano párroco de la aldea escuchaba la relacion de Luis y Valentina.

—Conoce usted, decia Luis, todas nuestras desgracias. Habia jurado vengarme. Los cristianos consejos de usted no me calmaban. Los cuidadosos consuelos de esta santa mujer sólo servían para excitar más el ódio en mi corazon contra el autor de esas desgracias. Porque, ¿cómo perdonar á quien habia causado mi deshonor, la pérdida de mi fortuna, y por conclusion, las infinitas privaciones que sufren mi esposa y mi hijo, estas dulcisimas prendas de mi alma?

Volvia esta tarde del monte, agobiado bajo el peso del cansancio, producido más por el infortunio que por la carga que conducia.

El niño venia delante de mi repitiendo con voz angelical las oraciones que su madre le enseña, y que más de una vez sirven para ahuyentar mis penas.

De pronto retrocedió á guarecerse cerca de mí, asustado por unos tristes lamentos que se oían.

Dejé mi carga y fuí en direccion de aquellos quejidos, cuando encontré á un hombre tendido en el suelo.

Pregunté, y no obtuve respuesta. Me acerqué, me arredillé al lado de aquel hombre, y á la escasa luz de la luna... ¡oh, señor cura! reconocí al autor de todas mis desdichas.

Un pensamiento horrendo cruzó por mi mente. Todo el odio, todo el rencor atesorados por tantos años de desgracia, rebasando la medida del sufrimiento, parecian decirme: «hé aquí tu hora tan deseada.» Me alcé terrible, frenético, con los cabellos erizados y las manos crispadas...

Por una coincidencia providencial, el herido abrió los ojos, que fijó en mí llenos de espanto, pero dolorosamente suplicantes. La campana de la parroquia se dejó sentir tocando á la oracion. Y mi hijo se acercó descubriéndose y rezando la tierna invocacion de la tarde á María.

Mis ódios, mis rencores, se extinguieron. Bajé silenciosamente los ojos, caí de rodillas, y recé obediente las oraciones que mi hijo, ángel de mi salvacion, entonaba.

Cuando me levanté, habia perdonado. Sentí un bienestar indescriptible. Mis

fuerzas se redoblaron. Y cargando sobre mis hombros el cuerpo inerte de ese hombre, pude llegar á depositarlo en mi cama, de la cual no saldrá sino curado ó muerto, pero cuidadosamente asistido por nosotros.

—Y Dios premiará vuestra noble caridad, hijos míos, interrumpió el sacerdote. Ya por de pronto empezais á recoger el fruto de vuestra buena acción, habiendo conseguido sobreponeros á las tempestades que os agitaban, y alcanzando la tranquilidad de alma; que sigue siempre al perdón. Dios al sujetaros á las duras pruebas por que estais pasando, preparó el camino de vuestra salvación. Y todo lo debéis á la fe ardiente de esta santa mujer, que jamás ha puesto en duda la infinita providencia de Dios, procurando en vuestros días de tribulación calmar vuestros dolores con el recuerdo de aquellas palabras llenas de ternura con que el cristiano invoca á la Madre de Dios:

«Consuelo de los afligidos.»

Lorenzo Aguirre.

Agosto de 1875.

PENSAMIENTOS DIVERSOS.

Las mujeres en la sociedad, son como los copos de algodón, que se colocan entre los objetos frágiles. Nadie les da importancia, pero sin ellos todo se rompería.—(Madama Necker).

Contra las afecciones desarregladas y

contra el dolor, no hay más remedio que la fuerza de Dios.—(Maine de Birón).

Apunto en un registro lo que doy á Dios y lo que Dios me da, y nunca he podido devolver á Dios lo que le debo; cuanto más le doy, más me devuelve.—(Cosme de Médicis).

Tened cuidado de no encerrar con vuestros escudos la vida de los pobres.—(San Ambrosio).

Da pan, y toma el paraíso.—(San Gregorio).

CULTOS RELIGIOSOS.

Domingo.—En la Colegial, á las nueve y media, misa conventual. En Santa María, á las nueve, misa mayor. En la Virgen de Gracia, á las ocho, misa de renovación. En las Agustinas por la tarde, á las tres y media, el diez y nueve de San José, con sermón.

Martes.—En las Agustinas, á las ocho, misa de renovación.

Jueves.—En las Capuchinas, á las seis y media, misa de renovación, y por la tarde, á las cuatro menos cuarto, el Trisagio.

Viernes.—Vigilia de la Natividad de N. S. Jesucristo, con ayuno y abstinencia de carne. Por la noche, á las diez, dan principio los Maitines.

Sábado.—*La Natividad de Nuestro Sr. Jesucristo.* En la Colegial, á las seis, misa de Pastores, y á las diez, la misa conventual. Por la tarde, á las cuatro, da principio el octavario del Niño Jesús con sermón.